

se enamoró de Mary. Caballeroso y honrado, llegó ante ella á ofrecerle con su nombre y su fortuna la lealtad de sus afectos. Y ella que veía la pobreza con horror, ella que no podía resignarse á ver que se perdieran los últimos girones de la fortuna que dejó Don Aristeo, fijó los ojos en la caja fuerte de la casa bancaria de Fernández y pensó en un cariño que en realidad no sentía. Aceptando el cariño que Fernández le ofrecía, veía en sus sueños de ambición y lujo el traje blanco de la desposada, su velo transparente, su corona de azahares, las gardenias en su coche nupcial, la envidia de sus amigas, su viaje de boda, el lujo de su casa y de sus trenes, sus coches, sus caballos, sus libreas.

Mary Salamanca iría al matrimonio, porque en el naufragio de su fortuna necesitaba asirse á la tabla salvadora que le ofrecía el oro de la caja fuerte de la casa bancaria de Fernández.



XI.

CUANDO las Salamanca se arruinaban, cuando llenas de horror y de desesperación se acercaban á las fronteras de la miseria, Julio Mendizábal seguía llevando una vida de relativa ostentación, para cuyo sostenimiento agotaba sus últimos recursos. Alejado desde su niñez de los hábitos del trabajo, no comprendía que el hombre se dignifica con el trabajo honrado. Su pasión por Blanca no fué suficiente para regenerar á Mendizábal y comprendiendo que la familia Collantes jamás lo aceptaría, se resolvió á buscar en el matrimonio con alguna rica, el medio que consideró más eficaz para continuar en aquella vida de aparatosa ostentación á la que estaba habituado.

Audaz y atrevido; pero falto de energías para el trabajo, pensó Mendizábal que si Mary Salamanca se casaba huyendo de la miseria, él buscaría en el matrimonio el medio de seguir ostentando una posición social de la que no quería salir.

Pensó que se debía casar.

¿Con quién? Con una rica. En el país se le llama también rica á la hija de un rico, y una rica así no sería la salvación de Julio; sería una esperanza y él no podía esperar. ¿Se casaría con una viuda que estuviera en posesión de la herencia de su finado marido? ¿Se casaría con una solterona desesperada que tuviera bienes de fortuna? Era lo mismo para él; lo indispensable, lo que se imponía como una necesidad era el matrimonio con una mujer que tuviera dinero, cualquiera que ella fuese.

La Mano Justiciera de la Providencia premiaba las virtudes de Blanca Collantes alejando para siempre de ella á Julio Mendizábal.

*
* *

Las mujeres, casi en su totalidad, no han oído hablar del período Juliano ni de la corrección Gregoriana, y engañándose á sí mismas creen que con cremas y con polvos de tocador pueden borrar su partida parroquial y su acta de nacimiento. El polvo del camino de la vida lo riegan con aguas de tocador y desgarrando los folios de todos los

calendarios pretenden detener la marcha incasante de los tiempos y la pérdida de su juventud.

En esas condiciones se encontraba Tullitas Escobar.

En las reuniones de la casa de las Salamanca conoció Julio á Tullitas.

Y fué en aquellas reuniones en donde ella desesperada por no haber encontrado en ninguno de sus amigos el novio que durante tanto tiempo había deseado, fijó sus miradas en Julio y con sus repetidas insinuaciones en más de una ocasión dejó comprender á Mendizábal que quería que se casara con ella.

A la muerte de su padre había heredado Tullitas una cantidad considerable de dinero; y había podido conservarla viviendo con algún desahogo de las rentas que aquel dinero fincado en propiedad raíz urbana producía.

Esa ha sido la forma común y corriente de invertir grandes capitales en el país. Durante muchos años nuestros ricos estuvieron siempre alejados de los grandes negocios, y temiendo aventurar su dinero en empresas desconocidas para ellos, han reducido sus contratos al estrecho cartabón de la compra y del préstamo hipotecario.

Por fortuna, parte del dinero mexicano lle-

gó á entrar en el movimiento de algunas de las grandes actividades del progreso humano; pero Tulitas, fiel á sus tradiciones, había seguido conservando la propiedad raíz en que desde hacía ya varios años había transformado el capital que heredó.

Tulitas era propietaria.

* * *

A Julio le urgía casarse y no pasaron muchos meses sin que en el círculo social de los amigos de las Salamanca se hablara ya del concertado matrimonio de Mendizábal con Tulitas Escobar.



XII.

A inmediaciones del Paseo de la Reforma compró Fernández una residencia aristocrática que pronto quedó decorada á entera satisfacción de Mary.

Allí el oro de la caja de Fernández reunió cuanto de artístico y de elegante podía desear la mujer más exigente.

La mansión que debía ocupar el matrimonio Fernández, se había transformado en un palacio, en donde las suntuosidades abundaban desde la verja de hierro y bronce que ligando los encolumnados de mármol y apoyándose en artístico basamento de granito, limitaba el pequeño jardín que separaba la calle de los muros frontales de aquella casa.

Y á través del jardín se llegaba al interior, en donde la construcción y el decorado hicieron derroches de verdadera elegancia; en las escaleras de mármol con pasamanos de caoba y bronce; en los ricos pavimentos de mosaicos y de maderas finas;

en los muebles y en los grandes espejos del salón; en el boudoir tapizado en seda azul y en oro; en la severidad aristocrática del juego completo del comedor y en la alegría del Hall con sus tapices claros.

Don Benjamín amaba á Mary y fué espléndido hasta en los más pequeños detalles. Sí, la amaba con lealtad y dentro de su corazón le había levantado un monumento para rendirle en él el culto de la admiración por su belleza, el culto de la gratitud por su cariño y el culto de la estimación porque creyó que iba á ser digna de él.

Y ella, la Salamanca, en su fiebre de lujo y de grandeza divagaba su loca fantasía en las recepciones que habría de dar cuando fuera la esposa del banquero, en el confort de su casa, en el lujo de sus trenes, en sus libreas, en sus caballos.

Cuando todo estuvo dispuesto, cuando los pintores, los tapiceros y los decoradores dieron fin á sus tareas, cuando los sastres y las modistas dejaron pletóricos de elegancia los guarda-ropas destinados á Mary se procedió á la celebración.

*
* *
*

Con derroches de verdadero lujo se celebró el matrimonio de Fernández.

De la casa de las Salamanca, acompañada de uno de sus padrinos, salió la novia en su coche nupcial que estaba en el interior constelado de azahares y gardenias y que iba tirado por magnífico tronco de caballos que llevaban en sus jaeces ramos de azahar y listones blancos.

Al coche de la novia seguía el que ocupaba Fernández con otro de los padrinos.

Los carruajes se dirigieron á la casa arzobispal, cuya capilla ostentaba sus mejores galas.

Los esmaltados carruajes de los ricos obstruían el paso en la segunda calle de Santo Domingo y algunos esperaban en las calles de Donceles y de Medinas.

A la hora anunciada la nupcial pareja llegaba al pórtico de la capilla y allí los esperaba el Archimitrado Monseñor.

Los antiguos amigos de las Salamanca estuvieron presentes en la ceremonia. También asistieron los hombres de negocios, los amigos y compañeros del laborioso banquero.

Concluída la celebración, los esposos pasaron á una sala de la casa arzobispal para recibir las felicitaciones acostumbradas en esos casos, leales y sinceras unas y medio encubiertas las de muchas de sus amigas con el velo transparente de la envidia.

Después de las felicitaciones, los desposados abandonaron la mansión del Metropolitano y en su coche nupcial se dirigieron á una fotografía para que se hiciera el retrato de boda, recuerdo constante de un día, acaso el único feliz en la historia de muchos matrimonios.

En la aristocrática casa que en el Paseo de la Reforma ocupó desde ese día el matrimonio Fernández, se celebró una hora más tarde la ceremonia del enlace civil.

Fernández se casó creyendo que en el corazón de Mary ardería constantemente el fuego en la lámpara sagrada de su cariño. Y ella, la dorada Salamanca se irguió altiva y arrogante al comenzar á recibir el tratamiento de Señora de Fernández.

Napoleón, el primero de los Bonaparte, en una apreciación muy exacta decía que hasta en la cima de la insignificancia se siente el vértigo de las alturas. No era extraño que Mary Salamanca sintiera el vértigo de los billetes de banco.

A poco tiempo se casó Tulitas.



XIII

MARGOT Salamanca continuó recibiendo dos jueves en cada mes. Sus amigos, los elegantes, los dorados, los tipos del boulevard continuaron frecuentando aquellas recepciones y Margot llegó á comprender que ninguno de ellos podía compararse con Fernández.

Con ocasión de los negocios, Octavio Collantes entabló relaciones de amistad con Don Benjamín Fernández, en cuya casa conoció á Margot con la cual fué presentado.

Desesperada Margot por no haberse casado como su hermana, pensó en la fortuna que se estaba formando con el trabajo honrado de los Collantes y creyó fácil un matrimonio con Octavio, á quien juzgó capaz de enamorarse de ella.

En la lista de sus invitados para sus recepciones de los jueves inscribió Margot Salamanca el nombre de Octavio Collantes. Margot deseaba para marido á aquel obre-

ro que se vestía de levita los Domingos, como algún tiempo atrás lo había llamado. Y cuando anunció á sus elegantes amigos que Octavio asistiría á una de sus próximas recepciones, alguno de aquellos dorados opinó que iría á manchar los gobelinos de los muebles al tocarlos con sus manos impregnadas con el aceite lubricante de las máquinas.

Aquellos Señoritos no pensaban que las apreciaciones que hacían quedaban despedazadas desde luego sobre los yunques de los talleres mecánicos del ferro-carril regentados por Octavio.

La estrechez de criterio de aquellos jóvenes dorados no les dejaba comprender que Octavio Collantes valía más que ellos, y creyendo que con sátiras punzantes y con sangrientas burlas lo alejarían de aquella casa, esperaron que llegara el jueves en que Octavio haría su presentación en los elegantes salones de la casa de Margot Salamanca.

Y se llegaría aquel jueves tan deseado y la superioridad de Octavio iría á explender sobre la escasez de criterio de aquellos señoritos elegantes.



XIV.



HABIA transcurrido muy poco tiempo desde el día en que se casó Fernández y en su hogar se hacía sentir la falta de comunicación moral entre Don Benjamín y la Señora.

Mary Salamanca no comprendía las sublimes grandezas de su marido; y la superioridad intelectual y moral de éste formaba el más notable contraste con el criterio reducido de su esposa.

Las necias vulgaridades de la Salamanca no llegarían á vulgarizar á su marido; pero comenzaban ya á debilitar en éste la intensidad de sus afectos.

Por las gradas del trono que en su corazón levantó Fernández para Mary comenzaban á caer marchitándose las guirnaldas de madreselvas y siemprevivas con que había coronado su frente. Y aquellas frases saturadas de las más dulces ternuras que constantemente le dirigía, resbalaban del corazón de la Señora que no había sabido as-

pirar el perfume que de esas frases cariñosas se exhalaba.

Fernández había creído que las estrofas del ritmo cadencioso de su cariño caerían sobre el corazón de Mary como una lluvia de flores y que el perfume que de ellas se exhalara llegaría á envolver aquel corazón en el que escasamente ardía el fuego en la lámpara de su cariño.

En el choque terrible que aquellas contrariedades producía se conmovía el trono que Fernández había levantado para la reina y señora del hogar.

Las necesidades de Mary carcomían el pedestal del monumento que le había levantado aquel hombre superior.

*
* *

—Oye Mary, le decía su esposo, he pensado invertir alguna cantidad de dinero en la compra de acciones de un ferro-carril que ha comenzado ya sus trabajos de reconocimiento, ¿qué te parece?

—Tú sabes que yo no entiendo de esas cosas.

—En varias ocasiones has oído lo que sobre ese particular he hablado con Octavio Collantes.

—Si tú crees que te conviene comprarlas, cómpralas. Y dime, deseaba preguntarte cuándo compras un automóvil. El Domingo pasado llevó Julio á Tulitas á las carreras de Peralvillo en un automóvil del último modelo.

Fernández cortó la conversación y despidiéndose de Mary se dirigió á sus oficinas.

*
* *

A medida que el tiempo transcurría, Don Benjamín se persuadía de la falta completa de sentido común de su muger. En vano procuraba cultivar su entendimiento con el trato de personas ilustradas; en vano insistía en que, aun cuando fuera por cortos ratos, se dedicara al estudio y en vano, tambien, procuraba alejarla del trato de Lucecita y de Margot.

Mary fué siempre refractaria á la conversacion de las personas sensatas y nunca fijó su vista en las páginas de un libro. No, sí leía; pero leía en los periódicos de informacion la crónica de algunas fiestas ó la relacion detallada de esos festivos con que la caridad moderna goza para aliviar al infortunio.